

razon, puso en él su simiente, tan delicada y pequeña, que apenas él mismo la entiende, ya comienza á ser otro, y en pocos días, cundiendo por toda el alma la fuerza secreta del pequeño grano, es otro del todo, y crece así en nobleza de virtud y buenas costumbres, que la hojarasca seca, que poco antes estaba ordenada al infierno, es ya árbol verde y hermoso, lleno de fruto y de flor, y el leon es oveja ya, y el que robaba lo ajeno derrama ya en los ajenos sus bienes, y el que se revolcaba en la hediondez esparce al derredor de sí y muy léjos de sí por todas partes la pureza del buen olor.

»Y, como dije, si tornando al principio, comparamos la grandeza de aquesta planta y su hermosura con el pequeño grano de donde nació, y con el breve tiempo en que ha venido á ser tal, veremos en extraña pequenez admirable y no pensada virtud. Y así, Cristo en unas partes dice (a) que es como el grano de mostaza, que es pequeño y trasciende, y en otras se asemeja á perla oriental, pequeña en cuerpo y grande en valor, y parte hay donde dice (b) que es levadura, la cual en sí es poca y parece muy vil, y escondida en una gran masa, cuasi súbitamente eunde por ella toda, y la inficiona. Excusado es ir buscando ejemplos en esto, adonde la muchedumbre nos puede anegar; mas entre todos es clarísimo el del apóstol san Pablo, á quien hacemos hoy fiesta. ¿Quién era, y quién fué, y cuán en breve y cuán con una palabra se convirtió de tinieblas en luz, y de ponzoña en árbol de vida para la Iglesia?

»Pero vamos mas adelante. Añade David *Monte cuajado*. La palabra original quiere decir el queso, y quiere tambien decir lo corcobado, y propriamente y de su origen significa todo lo que tiene en sí algunas partes eminentes ó hinchadas sobre las demás que contiene; y de aquí el queso y lo corcobado se llama con aquesta palabra. Pues juntando esta palabra con el nombre de *monte*, como hace David aquí, y poniéndola en el número de muchos, como está en el primero texto, suena, como leyó san Agustín (c), «monte de quesos,» ó como trasladan agora algunos, «monte de corcobas,» y de la una y de la otra manera viene muy bien; porque en decir lo primero se declara y especifica mas la fertilidad deste monte, el cual, no solo es de tierra gruesa y aparejada para producir mieses, sino tambien es monte de quesos ó de cuajados, esto es, significando por el efecto la causa, monte de buenos pastos para el ganado, digo monte bueno para pan llevar, y para apacentar ganados no menos bueno. Y, como dice bien san Agustín, el pan y la grosura del monte que le produce es el mantenimiento de los perfectos, la leche que se cuaja en él y los pastos que la crían es el propio manjar de los que comienzan en la virtud, como dice san Pablo (d): «Como á niños os di leche, y no manjar macizo.» Y así, conforme á esto, se entiende que este monte es general sustento de todos, así de los grandes en la virtud con su grosura, como de los recién nacidos en ella con sus pastos y leche.

»Mas si decimos de la otra manera, monte de corcobas ó de hinchazones, dicese una señalada verdad, y es, que como hay unos montes que suben seguidos

(a) Luc., 3, v. 19 et 44. (b) Luc., 13, v. 21.
(c) Enarrat. in psalm. 77, n. 22. (d) 1, Corint., 3, v. 1.

hasta lo alto, y en lo alto hacen una punta sola y redonda, y otros que hacen muchas puntas y que están como compuestos de muchos cerros, así Cristo no es monte, como los primeros, eminente y excelente en una cosa sola, sino monte hecho de montes, y una grandeza llena de diversas é incomparables grandezas, y como si dijésemos *monte* que todo él es montes, para que, como escribe divinamente san Pablo (e), —tenga principado y eminencia en todas las cosas.— Dice mas: —¿Qué sospechais, montes de cerros?— Este es el monte que Dios escogió para su morada, y ciertamente el Señor mora en él para siempre. Habla con todo lo que se tiene á sí mismo por alto y que se opone á Cristo, presumiendo de traer competencias con él, y dícele: —¿Qué sospechais?— O como en otro lugar san Jerónimo puso: —¿Qué pleiteais ó qué peleais contra este monte?— Y es como si mas claro dijese: —¿Qué presunción ó qué pensamiento es el vuestro, oh montes, que cuanto quiera que seais, segun vuestra opinion, eminentes, de oponeros con este monte; pretendiendo ó vencerle, ó poner en vosotros lo que Dios tiene ordenado de poner en él, que es su morada perpétua?— Como si dijese: —Muy en balde y muy sin fruto os fatigais.— De lo cual entendemos dos cosas: la una, que este monte es envidiado y contradecido de muchos montes; y la otra, que es escogido de Dios entre todos.

»Y de lo primero, que toca á la envidia y contradiccion, es como si dijésemos hado de Cristo el ser siempre envidiado, que no es pequeño consuelo para los que le siguen, como se lo pronosticó el viejo Simeon luego que lo vió niño en el templo, y hablando con su madre, lo dijo (f): «Ves este niño, será caída y levantamiento para muchos en Israel, y como blanco á quien contradirán muchos.» Y el salmo segundo en este mismo propósito (g): «Porque dice: Bramaron las gentes, y los pueblos trataron consejos vanos; pusieron los reyes de la tierra, y los príncipes se hicieron á una contra el Señor y contra su Cristo.— Y fué el suceso bien conforme al pronóstico, como se pareció en la contradiccion que hicieron á Cristo las cabezas del pueblo hebreo por todo el discurso de su vida, y en la conjuración que hicieron entre sí para traerle á la muerte. Lo cual, si se considera bien, admira mucho sin duda; porque si Cristo se tratara como pudo tratarse, y conforme á lo que se debía á la alteza de su persona; si apeteciera el mando temporal sobre todos, ó si en palabras ó si en hechos fuera altivo y deseoso de enseñorearse; si pretendiera no hacer biehes, sino enriquecerse de bienes, y sujetando á las gentes, vivir con su sudor y trabajo dellas en vida de descanso abundante; si le envidiaran y si se le opusieran muchos movidos por sus intereses, ninguna maravilla fuera, antes fuera lo que cada dia acontece; mas siendo la misma llaneza, y no anteponiéndose á nadie ni queriendo derrocar á ninguno de su preeminencia y oficio, viviendo sin fausto y humilde, y haciendo bienes jamás vistos generalmente á todos los hombres, sin buscar ni pedir ni aun querer recibir por ello ni honra ni interés, que le aborreciesen las gentes, y que los grandes desamasen á

(e) Ad Colos., 2, v. 10. (f) Lucae, 2, v. 34. (g) Psalm. 2, v. 1.

un pobre, y los potentados y pontificados á un humilde bienhechor, es cosa que espanta.

»Pues ¿acabóse esta envidiosa oposicion con su muerte, y á sus discípulos dél y á su doctrina no contradijeron despues ni se opusieron contra ellos los hombres? Lo que fué en la cabeza, eso mismo aconteció por los miembros. Y como él mismo lo dijo (a): «No es el discípulo sobre el maestro; si me persiguieron á mí, tambien os perseguirán á vosotros.— Así puntualmente les aconteció con los emperadores y con los reyes y con los príncipes de la sabiduría del mundo. Y por la manera que nuestra bienaventurada luz, debiendo segun toda buena razon ser amado, fué perseguido; así á los suyos y á su doctrina, con quitar todas las causas y ocasiones de envidia y de enemistad, les hizo toda la grandeza del mundo enemiga cruel. Porque los que enseñaban, no á engrandecer las haciendas ni á caminar á la honra y á las dignidades, sino á seguir el estado humilde y ajeno de envidia, y á ceder de su propio derecho con todos, y á empobrecerse á sí para el remedio de la ajena pobreza, y á pagar el mal con el bien, y los que vivían así, como lo enseñaban, hechos unos públicos bienhechores, ¿quién pensara jamás que pudieran ser aborrecidos y perseguidos de nadie? ó cuando lo fueran de alguno, ¿quién creyera que lo habian de ser de los reyes, y que el poderío y grandeza habia de tomar armas y mover guerra contra una tan humilde bondad? Pero era aquesta la suerte que dió á este monte Dios para mayor grandeza suya.

»Y aun si queremos volver los ojos al principio y á la primera origen de aqueste aborrecimiento y envidia, hallaremos que mucho antes que comenzase á ser Cristo en la carne, comenzó aqueste su odio; y podremos venir en conocimiento de su causa dél en esta manera. Porque el primero que le envidió y aborreció fué Lucifer, como lo afirma, y muy conforme á la doctrina verdadera, el glorioso Bernardo; y comenzóle á aborrecer luego, que habiéndoles á él y á algunos otros ángeles revelado Dios alguna parte deste su consejo y misterio, conoció que disponia Dios de hacer príncipe universal de todas las cosas á un hombre. Lo cual conoció luego al principio del siglo y antes que cayese, y cayó por aventura por aquesta ocasion. Porque volviendo los ojos á sí, y considerando soberbiamente la perfeccion altísima de sus naturales, y mirando juntamente con esto el singular grado de gracias y dones de que le habia dotado Dios mas que á otro ángel alguno, contento de sí y miserablemente desvanecido, apeteció para sí aquella excelencia; y de apetecerla vino á no sujetarse á la orden y decreto de Dios, y á salir de su santa obediencia y á trocar la gracia en soberbia, por donde fué hecho cabeza de todo lo arrogante y soberbio, así como lo es Cristo de todo lo llano y humilde. Y como del que en la escalera bajando pierde algun paso, no para su caída en un escalon, sino de uno en otro llega hasta el postrero cayendo, así Lucifer de la desobediencia para con Dios cayó en el aborrecimiento de Cristo, concibiendo contra el primero envidia y despues sangrienta enemistad, y de la enemistad nació en él absoluta determinacion de hacerle guerra siempre con todas sus fuerzas.

(a) Joan., 15, v. 20.

»Y así lo intentó primero en sus padres, matando y condenando en ellos, cuanto fué en sí, toda la sucesion de los hombres, y despues en su persona misma de Cristo, persiguiéndole por sus ministros y trayéndolo á muerte; y de allí en los discípulos y seguidores dél, de unos en otros hasta que se cierran los siglos, encendiendo contra ellos á sus principales ministros, que es á todo aquello que se tiene por sabio y por alto en el mundo. En la cual guerra y contienda, peleando siempre contra la flaqueza el poder, y contra la humildad la soberbia y la maña, y la astucia contra la sencillez y bondad, al fin quedan aquellos vencidos pareciendo que vencen. Y contra este enemigo propriamente endereza David las palabras de que vamos hablando. Porque á este ángel y á los demás ángeles que le siguieron en tantas maneras de naturales y graciosos bienes enriscados é hinchados, llama aquí corcobados y enriscados montes, ó por decirlo mejor, montes montuosos; y á estos les dice así: «Porque, oh montes soberbios, ó envidiais la grandeza del hombre en Cristo, que os es revelada, ó le moveis guerra pretendiendo estorbarla, ó sospechais que se debia esta gloria á vosotros, ó que será parte vuestra contradiccion para quitársela; que yo os hago seguros que será vano este trabajo vuestro, y que redundará toda aquesta pelea en mayor acrecentamiento suyo, y que por mucho que os empineis, él pisará sobre vosotros, y la divinidad reposará en él dulce y agradablemente por todos los siglos sin fin.—» Y habiendo Marcelo dicho aquesto, callóse; y luego Sabino, entendiendo que habia acabado, y desplegando de nuevo el papel, y mirando en él dijo: «Lo que se sigue agora es asaz breve en palabras, mas sospecho que en cosas ha de dar bien que decir, y dice así

§. VIII.

Llámasse Cristo Padre del siglo futuro, y explicase el modo con que nos engendra en hijos suyos.

»El sexto nombre es Padre del siglo futuro. Así le llama Esaías en el capítulo 9, diciendo: «Y será llamado Padre del siglo futuro.—»

«Aun no me habia despedido del monte, respondió Marcelo entonces; mas, pues Sabino ha pasado adelante, y para lo que me quedaba por decir habrá por ventura despues otro mejor lugar, sigamos lo que Sabino quiere. Y dice bien, que lo que agora ha propuesto es breve en palabras y largo en razon; á lo menos, si no es largo, es hondo y profundo, porque se encierra en ello una gran parte del misterio de nuestra redencion. Lo cual, si como ello es pudiese caber en mi entendimiento, y salir por mi lengua vestido con las palabras y sentencias que se le deben, ello solo hinchiria de luz y de amor celestial nuestras almas. Pero confiados del favor de Jesucristo, y ayudándome en ello vuestros santos deseos, comencemos á decir lo que él nos diere; comencemos desta manera.

»Cierta cosa es, y averiguada en la Santa Escritura, que los hombres para vivir á Dios tenemos necesidad de nacer segunda vez, demás de aquella que nacemos cuando salimos del vientre de nuestras madres. Y cierto es que todos los fieles nacen este segundo nacimiento, en el cual está el principio y origen de la vida san-

ta y fiel. Así afirmó Cristo á Nicodémus, que siendo maestro en la ley, vino una noche á ser su discípulo. Adonde, como por fundamento de la doctrina que le habia de dar, presupuso esto, diciendo (a): — Ciertamente te digo que ningun hombre, si no torna á nacer segunda vez, no podrá ver el reino de Dios. — Pues por fuerza de los términos correlativos, que entre sí se responden, se sigue muy bien que donde hay nacimiento hay hijo, y donde hijo hay también padre. De manera que si los fieles, naciendo de nuevo, comenzamos á ser nuevos hijos, tenemos forzosamente algun nuevo padre cuya virtud nos engendra; el cual padre es Cristo. Y por esta causa es llamado Padre del siglo futuro, porque es el principio original desta generacion bienaventurada y segunda, y de la multitud innumerable de descendientes que nacen por ella.

»Mas, porque esto se entienda mejor, en cuanto puede ser de nuestra flaqueza entendido, tomemos de su principio toda esta razon, y digamos lo primero de donde vino á ser necesario que el hombre naciese segunda vez; y dicho esto, y procediendo de grado en grado ordenadamente, diremos todo lo demás que á la claridad de todo este argumento y á su entendimiento conviene, llevando siempre, como en estrella de guía, puestos los ojos en la Escritura Sagrada, y siguiendo las pisadas de los doctores y santos antiguos. Pues conforme á lo que yo agora decia, como la infinita bondad de Dios, movida de su sola virtud, ante todos los siglos se determinase de levantar á sí la naturaleza del hombre, y de hacerla particionera de sus mayores bienes y señora de todas sus criaturas, Lucifer, luego que lo conoció, encendido de envidia, se dispuso á dañar é infamar el género humano en cuanto pudiese, y estragarle en el alma y en el cuerpo, por tal manera, que hecho inhábil para los bienes del cielo, no viniese á efecto lo que en su favor habia ordenado Dios. — Por envidia del demonio, dice el Espíritu Santo en la *Sabiduría* (b), entró la muerte en el mundo. — Y fué así, que luego que vió criado al primer hombre y cerrado de la gracia de Dios, y puesto en lugar deleitoso y en estado bienaventurado, y como en un vecino y cercano escalon para subir al eterno y verdadero bien, echó también juntamente de ver que le habia Dios vedado la fruta del árbol, y puéstole si la comiese pena de muerte, en la cual incurriese, cuanto á la vida del alma luego, y cuanto á la del cuerpo despues; y sabia por otra parte el demonio que Dios no podia por alguna manera volverse de lo que una vez pone. Y así, luego se imaginó que si él podia engañar al hombre y acabar con él que traspasase aquel mandamiento, lo dejaba necesariamente perdido y condenado á la muerte, así del alma como del cuerpo, y por la misma razon lo hacia incapaz del bien, para que Dios le ordenaba.

»Mas, porque se le ofreció que aunque pecase aquel hombre primero, en los que despues dél naciesen podría Dios traer á efecto lo que tenia ordenado en favor de los hombres, determinóse de poner en aquel primero, como en la fuente primera, su ponzoña y las semillas de su soberbia y profanidad y ambicion, y las raíces y principios de todos los vicios, y poner un atiza-

(a) Joan., 3, v. 3. (b) Sapien., 2, v. 24.

dor continuo dellos, para que juntamente con la naturaleza, en los que naciesen de aquel primer hombre se derramase y extendiese este mal, y así naciesen todos culpados y aborrecibles á Dios, é inclinados á continuas y nuevas culpas, é inútiles todos para ser lo que Dios habia ordenado que fuesen. Así lo pensó, y como lo pensó lo puso por obra, y sucedióle su pretension; porque inducido y persuadido del demonio, el hombre pecó, y con esto tuvo por acabado su hecho. Esto es, tuvo al hombre por perdido á remate, y tuvo por desbaratado y deshecho el consejo de Dios.

»Y á la verdad quedó extrañamente dificultoso y revuelto todo este negocio del hombre; porque se contradecian y como hacian guerra entre sí dos decretos y sentencias divinas, y no parecia que se podía dar corte ni tomar medio alguno que bueno fuese; porque por una parte habia decretado Dios de ensalzar el hombre sobre todas las cosas, y por otra parte habia firmado que si pecase le quitaria la vida del alma y del cuerpo, y habia pecado. Y así, si cumplia Dios el decreto primero, no cumplia con el segundo; y al revés, cumpliendo el segundo dicho, el primero se desbacia y borraba, y juntamente con esto, no podia Dios, así en lo uno como en lo otro, no cumplir su palabra; porque no es mudable Dios en lo que una vez dice, ni puede nadie poner estorbo á lo que él ordena que sea. Y cumplirlo en ambas cosas parecia imposible; porque si á alguno se ofrece que fuera bueno criar Dios otros hombres no descendientes de aquel primero, y cumplir con estos la ordenacion de su gracia, y la sentencia de su justicia ejecutarla en los otros; Dios lo pudiera hacer muy bien sin ninguna duda, pero todavía quedaba falta y como menor la verdad de la promesa primera, porque la gracia della no se prometia á cualesquiera, sino á aquellos hombres que criaba Dios en Adam, esto es, á los que dél descendiesen. Por lo cual, en esto, que no parecia haber medio, el saber no comprehensible de Dios lo halló, y dió salida á lo que por todas partes estaba con dificultades cerrado. Y el medio y la salida fué, no criar otro nuevo linaje de hombres, sino dar orden cómo aquellos mismos ya criados y por orden de descendencia nacidos, naciesen de nuevo otra vez, para que ellos mismos y unos mismos, segun el primer nacimiento muriesen, y viviesen segun el segundo; y en lo uno ejecutase Dios la pena ordenada, y la gracia y grandeza prometida cumplierse Dios en lo otro; y así, quedase en todo verdadero y glorioso.

»Mas, qué bien, aunque brevemente, san Leon papa dice aquesto que he dicho (c). — Porque se alababa, dice, el demonio que el hombre, por su engaño inducido al pecado, habia ya de carecer de los dones del cielo, y que desnudado del don de la inmortalidad, quedaba sujeto á dura sentencia de muerte; y porque decia que habia ballado consuelo de sus caidas y males con la compañía del nuevo pecador, y que Dios también, pidiéndolo así la razon de su severidad y justicia para con el hombre, al cual crió para honra tan grande, habia mudado su antiguo y primer parecer; pues por esto fué necesario que usase Dios de nueva y secreta forma de consejo, para que Dios, que es in-

(c) S. Leo, serm. 2, de Nativitate, cap. 4.

mudable y cuya voluntad no puede ser impedida en los largos bienes que hacer determina, cumplierse con misterio mas secreto el primer decreto y ordenacion de su clemencia; y para que el hombre, por haber sido inducido á culpa por el engaño y astucia de la maldad infernal, no pereciese, contra lo que Dios tenia ordenado. —

»Esta pues es la necesidad que tiene el hombre de nacer segunda vez. A lo cual se sigue saber qué es ó qué fuerza tiene y en qué consiste este nuevo y segundo nacimiento. Para lo cual presupongo que cuando nacemos, juntamente con la substancia de nuestra alma y cuerpo con que nacemos, nace también en nosotros un espíritu y una infeccion infernal, que se extiende y derrama por todas las partes del hombre, y se enseña de todas y las daña y destruye. Porque en el entendimiento es tinieblas, y en la memoria olvido, y en la voluntad culpa y desorden de las leyes de Dios, y en los apetitos fuego y desenfrenamiento, y en los sentidos engaño, y en las obras pecado y maldad, y en todo el cuerpo desatamiento y flaqueza y penalidad, y finalmente muerte y corrupcion. Todo lo cual san Pablo suele comprehender con un solo nombre, y lo llama (a) «pecado y cuerpo de pecado», y Santiago dice (b) que la rueda de nuestro nacimiento, esto es, el principio dél ó la substancia con que nacemos está encendida con fuego del infierno. De manera que en la substancia de nuestra alma y cuerpo nace, cuando ella nace, impresa y apegada está mala fuerza, que con muchos nombres apenas puede ser bien declarada, la cual se apodera della así, que no solamente la inficiona y contamina y hace casi otra, sino también la mueve y enciende y lleva por donde quiere, como si fuese alguna otra substancia ó espíritu asentado y engerido en el nuestro, y poderoso sobre él.

»Y si quiere saber alguno la causa por qué nacemos así, para entenderlo hase de advertir, lo primero, que la substancia de la naturaleza del hombre, ella de sí y de su primer nacimiento es substancia imperfecta, y como si dijésemos comenzada á hacer, pero tal, que tiene libertad y voluntad para poder acabarse y figurarse del todo en la forma, ó mala ó buena, que mas le plugiere; porque de suyo no tiene ninguna, y es capaz para todas, y maravillosamente fácil y como de cera para cada una dellas. Lo segundo, hase también de advertir que esto que le falta y puede adquirir el hombre, que es como cumplimiento y fin de la obra, aunque no le da cuando lo tiene el ser y el vivir y el moverse, pero dale el ser bueno ó ser malo, y dale determinadamente su bien y figura propia, y es como el espíritu y la forma de la misma ánima, y la que la lleva y determina á la cualidad de sus obras, y lo que se extiende y trasluce por todas ellas, para que obre como vive y para que sea lo que hace, conforme al espíritu que la cualifica y la mueve á hacer.

»Pues aconteció así, que Dios cuando formó al primer hombre, y formó en él á todos los que nacemos dél, como en su simiente primera, porque le formó con sus manos solas, y de las manos de Dios nunca sale cosa menos acabada y perfecta, sobrepuso luego á la substan-

(a) Rom., 6, v. 6. (b) Jacob, 3, v. 6.

cia natural del hombre los dones de su gracia, y figurólo particularmente con su sobrenatural imagen y espíritu, y sacólo como si dijésemos de un golpe y de una vez acabado del todo, y divinamente acabado. Porque al que, segun su facilidad natural, se podia figurar en condiciones y mañas, ó como bruto ó como demonio ó como ángel, figurólo él como Dios, y puso en él una imagen suya sobrenatural y muy cercana á su semejanza, para que así él como los que estábamos en él naciendo despues, la tuviésemos siempre por nuestra, si el primero padre no la perdiere. Mas perdióla presto, porque traspasó la ley de Dios; y así, fué despojado luego de aquesta perfeccion de Dios que tenia, y despojado della, no fué su suerte tal que quedase desnudo, sino, como dicen del truco de Glauco y Diomedes, trocando desigualmente las armas, juntamente fué desnudado y vestido. Desnudado del espíritu y figura sobrenatural de Dios, y vestido de la culpa y de su miseria, y del traje y figura y espíritu del demonio, cuyo inducimiento siguió. Porque así como perdió lo que tenia de Dios, porque se apartó dél; así, porque siguió y obedeció á la voz del demonio, concibió luego en sí su espíritu y sus mañas, permitiendo por esta razon Dios justisimamente que debajo de aquel manjar visible, por vía y fuerza secreta, pusiese en él el demonio una imagen suya, esto es, una fuerza malvada muy semejante á él.

»La cual fuerza, unas veces llamamos ponzoña, porque se presentó el demonio en figura de sierpe; otras ardor y fuego, porque nos enciende y abrasa con no creibles ardores; y otras pecado, porque consiste toda ella en desorden y desconcierto, y siempre inclina á desorden. Y tiene otros mil nombres, y son pocos todos para decir lo malo que ella es, y el mejor es llamarla un otro demonio, porque tiene y encierra en sí las condiciones todas del demonio, soberbia, arrogancia, envidia, desacato de Dios, aficion á bienes sensibles, amor de deleites y de mentira y de enojo y de engaño, y de todo lo que es vanidad. El cual mal espíritu, así como sucedió al bueno que el hombre tenia antes, así en la forma del daño que hizo, imitó al bien y al provecho que hacia el primero. Y como aquel perfeccionaba al hombre, no solo en la persona de Adam, sino también en la de todos los que estábamos en él, y así como era bien general, que ya en virtud y en derecho lo teniamos todos, y lo tuviéramos cada uno en real posesion en naciendo; así aquesta ponzoña emponzoñaba, no á Adam solamente, sino á todos nosotros, sus sucesores, primero á todos en la raíz y semilla de nuestra origen, y despues en particular á cada uno cuando nacemos, naciendo juntamente con nosotros y apegada á nosotros.

»Y esta es la causa por qué nacemos, como dije al principio, inficionados y pecadores; porque, así como aquel espíritu bueno, siendo hombres, nos hacia semejantes á Dios, así aqueste mal y pecado añadido á nuestra substancia, y naciendo con ella, la figura y hace que nazca, aunque en forma de hombre, pero acondicionada como demonio y serpentina verdaderamente, y por el mismo caso culpada y enemiga de Dios, y hija de ira y del demonio, y obligada al infierno. Y tiene aun, demás destas, otras propiedades esta ponzoña y maldad,

las cuales iré refiriendo agora, porque nos servirán mucho para despues.

»Y lo primero tiene que entre aquestas dos cosas que digo, de las cuales la una es la substancia del cuerpo y del alma, y la otra esta ponzoña y espíritu malo, hay esta diferencia quanto á lo que toca á nuestro propósito, que la substancia del cuerpo y del alma ella de sí es buena y obra de Dios, y si llegamos la cosa á su principio, la tenemos de solo Dios. Porque el alma él solo la cria, y del cuerpo, cuando al principio lo hizo de un poco de barro, él solo fué el hacedor, y ni mas ni menos cuando despues lo produce de aquel cuerpo primero, y como van los tiempos los saca á luz en cada uno que nace, él tambien es el principal de la obra. Mas el otro espíritu ponzoñoso y soberbio en ninguna manera es obra de Dios, ni se engendra en nosotros con su querer y voluntad, sino es obra toda del demonio y del primer hombre; del demonio, inspirando y persuadiendo; del hombre, voluntaria y culpablemente recibiendo en sí. Y así, esto solo es lo que la Santa Escritura llama en nosotros viejo hombre y viejo Adam, porque es propia hechura de Adam; esto es, porque es, no lo que tuvo Adam de Dios, sino lo que él hizo en sí por su culpa y por virtud del demonio. Y llámase vestidura vieja porque, sobre la naturaleza que Dios puso en Adam, él se revistió despues con esta figura, y hizo que naciésemos revestidos della nosotros. Y llámase imagen del hombre terreno porque aquel hombre que Dios formó de la tierra se transformó en ella por su voluntad, y cual él se hizo entonces, tales nos engendra despues, y le parecemos en ella, ó por decir verdad, en ella somos del todo sus hijos, porque en ella somos hijos solamente de Adam. Que en la naturaleza y en los demás bienes naturales con que nacemos somos hijos de Dios, ó sola ó principalmente, como arriba está dicho; y sea aquesto lo primero.

»Lo segundo, tiene otra propiedad aqueste mal espíritu, que su ponzoña y daño dél nos toca de dos maneras. Una en virtud, otra formal y declaradamente. Y porque nos toca virtualmente de la primera manera, por eso nos tocó formalmente despues. En virtud nos tocó, cuando nosotros aun no teniamos ser en nosotros, sino en el ser y en la virtud de aquel que fué padre de todos. En efecto y realidad cuando de aquella preñez venimos á esta luz. En el primero tiempo este mal no se parecia claro sino en Adam solamente, pero entendiase que lanzaba su ponzoña con disimulacion en todos los que estábamos en él tambien, como disimulados; mas en el segundo tiempo descubierta y expresamente nace con cada uno. Porque si tomásemos agora la pepita de un melocoton ó de otro árbol cualquiera, en la cual están originalmente encerrados la raíz del árbol y el tronco y las hojas y flores y frutos dél, y si imprimiésemos en la dicha pepita por virtud de alguna infusion algun color y sabor extraño, en la pepita misma luego se ve y siente aqueste color y sabor, pero en lo que está encerrado en su virtud della aun no se ve, así como ni ello mismo aun no es visto; pero entiéndese que está ya lanzado en ella aquel color y sabor, y que le está impreso en la misma manera que aquello todo está en la pepita encerrado, y verse abiertamente despues en las

hojas y flores y frutos que digo, cuando del seno de la pepita ó grano donde estaban cubiertos se descubrieren y salieren á luz. Pues así y por la misma manera pasa en aquesto de que vamos hablando.

»La tercera propiedad y que se consigue á lo que agora deciamos, es que esta fuerza ó espíritu que decimos, nace al principio en nosotros, no porque nosotros por nuestra propia voluntad y persona la hicimos ó merecimos, sino por lo que hizo y mereció otro, que nos tenía dentro de sí, como el grano tiene la espiga; y así, su voluntad fué habida por nuestra voluntad, y queriendo él, como quiso, inficionarse en la forma que habemos dicho, fuimos vistos nosotros querer para nosotros lo mismo. Pero, dado que al principio esta maldad ó espíritu de maldad nace en nosotros sin merecimiento nuestro propio, mas despues, queriendo nosotros seguir sus ardores y dejándonos llevar de fuerza, crece y se establece y confirma mas en nosotros por nuestros desmerecimientos. Y así, naciendo malos y siguiendo el espíritu malo con que nacemos, merecemos ser peores, y de hecho lo somos.

»Pues sea lo cuarto y postrero que esta mala ponzoña y simiente, que tantas veces ya digo que nace con la substancia de nuestra naturaleza y se extiende por ella, quanto es de su parte la destruye y trae á perdicion, y la lleva por sus pasos contados á la suma miseria, y quanto crece y se fortifica en ella, tanto mas la enflaquece y desmaya, y si debemos usar desta palabra aquí, la anihila. Porque, aunque es verdad, como habemos ya dicho, que la naturaleza nuestra es de cera para hacer en ella lo que quisiéremos; pero, como es hechura de Dios, y por el mismo caso buena hechura, la mala condicion y mal ingenio y mal espíritu que le ponemos, aunque le recibe por su facilidad y capacidad, pero recibe daño con él, por ser, como obra de buen maestro, buena ella de suyo é inclinada á lo que es mejor. Y como la carcoma hace en el madero, que naciendo en él, lo consume; así esta maldad ó mal espíritu, aunque se haga á él y se envista dél nuestra naturaleza, la consume casi del todo. Porque asentado en ella, y como royendo en ella continuamente, pone desorden y desconcierto en todas las partes del hombre; porque pone en alboroto todo nuestro reino, y lo divide entre sí, y desata las ligaduras con que esta compostura nuestra de cuerpo y de alma se ata y se traba; y así, hace que ni el cuerpo esté sujeto al alma, ni el alma á Dios, que es camino cierto y breve para traer á sí el cuerpo, como el alma á la muerte. Porque, como el cuerpo tiene del alma su vida toda, vive mas quanto le está mas sujeto, y por el contrario, se va apartando de la vida como va saliéndose de sujecion y obediencia; y así, aqueste dañado furor, que tiene por oficio sacarle della, en sacándole, que es desde el primer punto que se junta á él y que nace con él, le hace pasible y sujeto á enfermedades y males; y así como va creciendo en él, le enflaquece mas y debilita, hasta que al fin le desata y aparta del todo del alma, y le torna en polvo, para que quede para siempre hecho polvo quanto es de su parte.

»Y lo que hace en el cuerpo, eso mismo hace en el alma, que como el cuerpo vive della, así ella vive de Dios, del cual este espíritu malo la aparta y va cada dia apar-

tándola mas, quanto mas va creciendo; y ya que no puede gastarla toda ni volverla en nada, porque es de metal que no se corrompe, gástala hasta no dejarle mas vida de la que es menester, para que se conozca por muerta, que es la muerte que la Escritura santa llama segunda muerte, y la muerte mayor ó la que es sola verdadera muerte; como se pudiera mostrar agora aquí con razones que lo ponen delante los ojos, pero no se ha de decir todo en cada lugar. Mas lo proprio deste que tratamos agora, y lo que decir nos conviene, es lo que dice Santiago, el cual como en una palabra esto todo que he dicho lo comprende, diciendo (a): —El pecado, cuando llega á su colmo, engendra muerte. — Y es digno de considerar que cuando amenazó Dios al hombre con miedos para que no diese entrada en su corazón á aqueste pecado, la pena que le denunció fué eso mismo que él hace, y el fruto que nace dél, segun la fuerza y la eficacia de su cualidad, que es una perfecta y acabada muerte; como no queriendo él por sí poner en el hombre las manos ni ordenar contra él extraordinarios castigos, sino dejarle al azote de su proprio querer, para que fuese verdugo suyo eso mismo que habia escogido.

»Mas dejando esto aquí, y tornando á lo que al principio propuse, que es decir aquello en que consiste aqueste postrer nacimiento, digo que consiste, no en que nazca en nosotros otra substancia de cuerpo y de alma, porque eso no fuera nacer otra vez, sino nacer otros, con lo cual, como está dicho, no se conseguia el fin pretendido; sino consiste en que esta nuestra substancia nazca sin aquel mal espíritu y fuerza primera, y nazca con otro espíritu y fuerza contraria y diferente della. La cual fuerza y espíritu en que, segun decimos, consiste el segundo nacer, es llamado hombre nuevo y Adam nuevo en la Santa Escritura, así como el otro su contrario, y primero se llama hombre viejo, como habemos ya dicho. Y así como aquel se extendia por todo el cuerpo y por toda el alma del hombre, así el bueno tambien se extiende por todo; y como lo desordenaba aquel, lo ordena este y lo santifica y trae últimamente á vida gloriosa y sin fin, así como aquel lo condenaba á muerte miserable y eterna. Y es por contraria manera del otro, luz en el ánimo y acuerdo de Dios en la memoria, y justicia en la voluntad y templanza en los deseos, y en los sentidos guía, y en las manos y en las obras provechoso mérito y fruto; y finalmente, vida y paz general de todo el hombre é imagen verdadera de Dios, y que hace á los hombres sus hijos. Dél qual espíritu, y de los buenos efectos que hace, y de toda su eficacia y virtud, los sagrados escritores tratando dél debajo de diversos nombres, dicen mucho en muchos lugares, pero baste por todos san Pablo en lo que, escribiendo á los galatas, dice desta manera (b): —El fruto del Espíritu Santo son caridad, gozo, paz, largueza de ánimo, bondad, fe, mansedumbre y templanza. — Y él mismo, en el capítulo 3 á los coloseuses (c): — Despojados del hombre viejo, vestíos el nuevo, el renovado para conocimiento, segun la imagen del que le crió. — Aquesto pues es nacer los hombres segunda vez, conviene á saber, vestirse de aqueste espíritu y nacer, no

(a) Jacob, 1, v. 15. (b) Galat., 5, v. 22. (c) Colos., 3, v. 9 et 10.

con otro ser y substancia, sino cualificarse y acondicionarse de otra manera, y nacer con otro aliento diferente. Y aunque prometí solamente decir qué nacimiento era este, en lo que he dicho he declarado no solo lo que es el nacer, sino tambien cuál es lo que nace, y las condiciones del espíritu que en nosotros nace, así la primera vez como la segunda.

»Resta agora que, pasando adelante, digamos qué hizo Dios y la forma que tuvo para que naciésemos de aquesta segunda manera; con lo cual, si lo llegamos á cabo, quedará casi acabado todo lo que á esta declaracion pertenece. »Callóse Marcelo luego que dijo esto, y comenzábase á apercebir para tornar á decir; mas Juliano, que desde el principio le habia oído atentísimo, y por algunas veces con significaciones y meneos habia dado muestras de maravillarse, tomando la mano, dijo: «Estas cosas, Marcelo, que agora decís, no las sacais de vos, ni menos sois el primero que las traéis á luz, porque todas ellas están como sembradas y esparcidas, así en los libros divinos como en los doctores sagrados, unas en unos lugares y otras en otros; pero sois el primero de los que he visto y oído yo que, juntando cada una cosa con su igual cuya es, y como pareándolas entre sí y poniéndolas en sus lugares, y trabándolas todas y dándoles orden, habeis hecho como un cuerpo y como un tejido de todas ellas. Y aunque es verdad que cada una destas cosas por sí, cuando en los libros donde están las leemos, nos alumbran y enseñan, pero no sé en qué manera juntas y ordenadas, como vos agora las habeis ordenado, hinchen el alma juntamente de luz y de admiracion, y parece que le abren como una nueva puerta de conocimiento. No sé lo que sentirán los demás; de mí os afirmo que, mirando aqueste bulto de cosas y éste concierto tan trabado del consejo divino, que vais agora diciendo y aun no habeis dicho del todo, pero aquesto solo que hasta aquí habeis platicado, mirándolo, me hace ya ver, á lo que me parece, en las letras sagradas muchas cosas; no digo que no las sabia, sino que no las advertia antes de agora, y que pasaba fácilmente por ellas. Y aun se me figura tambien (no sé si me engaño) que este solo misterio así todo junto bien entendido, él por sí solo basta á dar luz en muchos de los errores que hacen en este miserable tiempo guerra á la Iglesia, y basta á desterrar sus tinieblas dellos. Porque en esto solo que habeis dicho, y sin abondar mas en ello, ya se me ofrece á mí y como se me viene á los ojos ver cómo este nuevo espíritu, en que el segundo y nuevo nacimiento nuestro consiste, es cosa medida en nuestra alma, que la transforma y renueva, así como su contrario de aqueste, que hace el nacimiento primero, vivia tambien en ella y la inficionaba; y que no es cosa de imaginacion ni de respeto exterior, como dicen los que desatinan agora; porque, si fuera así, no hiciera nacimiento nuevo, pues en realidad de verdad no ponía cosa alguna nueva en nuestra substancia, antes la dejaba en su primera vejez. Y veo tambien que este espíritu y criatura nueva es cosa que recibe crecimiento, como todo lo demás que nace, y veo que crece por la gracia de Dios y por la industria y buenos méritos de nuestras obras que nacen della; como al revés su contrario, viviendo nosotros en él y conforme á él, se hace

cada día mayor y cobra mayores fuerzas, cuanto son nuestros desmerecimientos mayores. Y veo también que obrando crece este espíritu, quiero decir que las obras que hacemos movidos dél merecen su crecimiento dél y son como su cebo y propio alimento, así como nuestros nuevos pecados ceban y acrecientan á ese mismo espíritu malo y dañado que á ellos nos mueve.»

«Sin duda es así, respondió entonces Marcelo, que aquesta nueva generacion, y el consejo de Dios acerca della, si se ordena todo junto y se declara y entiende bien, destruye las principales fuentes del error luterano, y hace su falsedad manifiesta. Y entendido bien esto de una vez, quedan claras y entendidas muchas escrituras que parecen revueltas y oscuras. Y si tuviese yo lo que para esto es necesario de ingenio y de letras, y si me concediese el Señor el ocio y el favor que yo le suplico, por ventura emprenderia servir en este argumento á la Iglesia, declarando este misterio, y aplicándolo á lo que agora entre nosotros y los herejes se alterca, y con el rayo de aquesta luz sacando de cuestion la verdad, que á mi juicio seria obra muy provechosa; y así como puedo, no me despido de poner en ella mi estudio á su tiempo.» «¿Cuándo no es tiempo para un negocio semejante? respondió Juliano.» «Todo es buen tiempo, respondió Marcelo, mas no está todo en mi poder, ni soy mio en todos los tiempos. Porque ya veis cuántas son mis ocupaciones y la flaqueza grande de mi salud.» «Como si en medio de aquesas ocupaciones y poca salud, dijo, ayudando á Juliano, Sabino, no supiésemos que tenéis tiempo para otras escrituras que no son menos trabajosas que esa, y son de mucho menos utilidad.» «Esas son cosas, respondió Marcelo, que, dado que son muchas en número, pero son breves cada una por sí; mas esta es larga escritura y muy trabada y de grandísima gravedad, y que comenzada una vez, no se podía, hasta llegarla al fin, dejar de la mano. Lo que yo deseaba era el fin destos pleitos y pretendencias de escuelas, con algun mediano y reposado asiento. Y si al Señor le agradare servirse en esto de mí, su piedad lo dará.» «Él lo dará, respondieron como á una Juliano y Sabino; pero esto se debe anteponer á todo lo demás.» «Que se anteponga, dijo Marcelo, en buen hora, mas eso será despues; agora tornemos á proseguir lo que está comenzado.» Y callando con esto los dos, y mostrándose atentos, Marcelo tornó á comenzar así:

«Habemos dicho cómo los hombres nacemos segunda vez, y la razon y necesidad por qué nacemos así, y aquello en que este nacimiento consiste. Quédanos por decir la forma que tuvo y tiene Dios para hacerle, que es decir lo que ha hecho para que seamos los hombres engendrados segunda vez. Lo cual es breve y largo juntamente. Breve, porque con decir solamente que hizo un otro hombre, que es Cristo hombre, para que nos engendrarse segunda vez, así como el primero hombre nos engendró la primera, queda dicho todo lo que es ello en sí; mas es largo, porque para que esto mismo se entienda bien y se conozca, es menester declarar lo que puso Dios en Cristo, para que con verdad se diga ser nuestro padre, y la forma cómo él nos engendra. Y así lo uno como lo otro no se puede declarar brevemente.

«Mas viniendo á ello, y comenzando de lo primero, digo que, queriendo Dios y placiéndole por su bondad infinita dar nuevo nacimiento á los hombres, ya que el primero, por culpa dellos, era nacimiento perdido, porque de su ingenio es traer á su fin todas las cosas con suavidad y dulzura, y por los medios que su razon dellas pide y demanda, queriendo hacer nuevos hijos, hizo convenientemente un nuevo padre de quien ellos naciesen, y hacerle fué poner en él todo aquello que para ser padre universal es necesario y conviene. Porque lo primero, porque habia de ser padre de hombres, ordenó que fuese hombre, y porque habia de ser padre de hombres ya nacidos, para que tornasen á renacer, ordenó que fuese del mismo linaje y metal dellos. Pero, porque en esto se ofrecia una grande dificultad, que por una parte, que renaciese deste nuevo padre nuestra substancia mejorada, convenia que fuese él del mismo linaje y substancia; y por otra parte estaba dañada é inficionada toda nuestra substancia en el primero padre, y por la misma causa tomándola dél el segundo padre, parecia que la habia de tomar asimismo dañada, y si la tomaba así, no pudiéramos nacer del segunda vez puros y limpios, y en la manera que Dios pretendia que naciésemos.

«Así que, ofreciéndose aquesta dificultad, el sumo saber, Dios, que en las mayores dificultades resplandece mas, halló forma cómo este segundo padre fuese hombre del linaje de Adam, y no naciese con el mal y con el daño con que nacen los que nacemos de Adam. Y así, le formó de la misma masa y descendencia de Adam, pero no como se forman los demás hombres, con las manos y obras de Adam, que es todo lo que daña y estraga la obra, sino formóle con las suyas mismas y por sí solo y por la virtud de su espíritu, en las entrañas purísimas de la soberana Virgen, descendencia de Adam. Y de su sangre y substancia santísima, dándola ella sin ardor vicioso y con amor de caridad encendido, hizo el segundo Adam y padre nuestro universal de nuestra substancia y ajeno del todo de nuestra culpa, y como panal virgen hecho con las manos del cielo de materia pura, ó por mejor decir, de la flor de la pureza misma y de la virginidad. Y esto fué lo primero.

«Y demás desto, procediendo Dios en su obra, porque todas las cualidades que se descubren en la flor y en el fruto conviene que estén primero en la semilla, de donde la flor nace y el fruto; por eso en este, que habia de ser la origen desta nueva y sobrenatural descendencia, asentó y colocó abundantísima ó infinitamente, por hablar mas verdad, todo aquello bueno en que habiamos de renacer todos los que naciésemos dél: la gracia, la justicia y el espíritu celestial, la caridad, el saber, con todos los demás dones del Espíritu Santo; y asentólos como en principio con virtud y eficacia para que naciesen dél en otros y se derivasen en sus descendientes, y fuesen bienes que pudiesen producirse sí otros bienes. Y porque en el principio no solamente están las cualidades de los que nacen dél, sino también esos mismos que nacen, antes que nazcan en sí están en su principio como en virtud; por tanto, convino también que los que nacemos deste divino Padre estuviésemos primero puestos en él como en nuestro prin-

cipio y como en simiente, por secreta y divina virtud, y Dios lo hizo así.

«Porque se ha de entender que Dios por una manera de union espiritual é inefable juntó con Cristo en cuanto hombre, y como encerró en él, á todos sus miembros, y los mismos que cada uno en su tiempo vienen á ser en sí mismos y á renacer y vivir en justicia, y los mismos que despues de la resurreccion de la carne, justos y gloriosos y por todas partes deificados, diferentes en personas, serémos unos en espíritu, así entre nosotros como con Jesucristo; ó por hablar con mas propiedad, serémos todos un Cristo; esos mismos, no en forma real, sino en virtud original, estuviémos en él antes que renaciésemos por obra y por artificio de Dios, que le plugo ayuntarnos á sí secreta y espiritualmente con quien habia de ser nuestro principio, para que con verdad lo fuese, y para que procediésemos dél, no naciendo segun la substancia de nuestra humana naturaleza, sino renaciendo segun la buena vida della, con el espíritu de justicia y de gracia. Lo cual, demás de que lo pide la razon de ser padre, consiguiese necesariamente á lo que antes desto dijimos. Porque si puso Dios en Cristo espíritu y gracia principal, esto es, en sumo y eminente grado, para que de allí se engendrarse el nuevo espíritu y la nueva vida de todos, y por el mismo caso nos puso á todos en él, segun aquesta razon. Como en el fuego, que tiene en sumo grado el calor, y es por eso la fuente de todo lo que es en alguna manera caliente, está todo lo que lo puede ser, aun antes que lo sea, como en su fuente y principio.

«Mas, por sacarlo de toda duda, será bien que lo probemos con el dicho y testimonio del Espíritu Santo. San Pablo, movido por él en la carta que escribe á los efesios, dice lo que ya he alegado antes de agora (a):—Que Dios en Cristo recapituló todas las cosas.—Adonde la palabra del texto griego es palabra propria de los contadores, y significa lo que hacen cuando muchas y diferentes partidas las reducen á una, lo cual llamamos en castellano sumar. Adonde en la suma están las partidas todas, no como antes estaban ellas en sí divididas, sino como en suma y virtud. Pues de la misma manera dice san Pablo que Dios sumó todas las cosas en Cristo, ó que Cristo es como una suma de todo, y por consiguiente está en él puesto todo y ayuntado por Dios espiritual y secretamente, segun aquella manera y segun aquel ser en que todo puede ser por él reformado, y como si dijésemos reengendrado otra vez, como el efecto está unido á su causa antes que salga della, y como el ramo en su raíz y principio. Pues aquella consecuencia que hace el mismo san Pablo, diciendo (b):—Si Cristo murió por todos, luego todos morimos,—notoria cosa es que estriba y que tiene fuerza en aquesta union que decimos. Porque muriendo él, por eso morimos, porque estamos en él todos en la forma que he dicho. Y aun esto mismo se colige mas claro de lo que á los romanos escribe.—Sabemos, dice (c), que nuestro viejo hombre fué crucificado juntamente con él.—Si fué crucificado con él, estaba sin duda en él, no por lo que tocaba á su persona de Cristo, la cual fué siem-

pre libre de todo pecado y vejez, sino porque tenia unidas y juntas consigo mismo nuestras personas por secreta virtud.

«Y por razon desta misma union y ayuntamiento se escribe en otro lugar de Cristo (d),—que nuestros pecados todos los subió en sí, y los enclavó en el madero.—Y lo que á los efesios escribe san Pablo (e),—que Dios nos vivificó en Cristo y nos resucitó con él juntamente, y nos hizo sentar juntamente con él en los cielos,—aun antes de la resurreccion y glorificacion general, se dice y escribe con grande verdad, por razon de aquesta unidad. Dice Esaías (f),—que puso Dios en Cristo las maldades de todos nosotros, y que su cardenal nos dió salud.—Y el mismo Cristo, estando padeciendo en la cruz, con alta y lastimera voz dice (g):—Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?—Lejos de mi salud las voces de mis pecados;—así como tanto antes de su pasion lo habia profetizado y cantado David. Pues ¿cómo será aquesta verdad, si no es verdad que Cristo padecia en persona de todos, y por consiguiente que estábamos en él ayuntados todos por secreta fuerza, como están en el padre los hijos, y los miembros en la cabeza? ¿No dice el Profeta (h) que trae este rey sobre sus hombros su imperio? Mas ¿qué imperio? pregunto. El mismo rey lo declara cuando en la parábola de la oveja perdida dice que para reducirla la puso sobre sus hombros. De manera que su imperio son los suyos, sobre quien él tiene mando, los cuales trae sobre sí, porque para reengendrarlos y salvarlos los ayuntó primero consigo mismo. San Agustin sin duda dice así escribiendo sobre el salmo 21 alegado, y dice desta manera (i):—Y ¿por qué dice eso, sino porque nosotros estábamos allí también en él?—

«Mas excusados son los argumentos adonde la verdad ella misma se declara á sí misma. Oigamos lo que Cristo dice en el sermón de la Cena (l):—En aquel día conoceréis (y hablaba del día en que descendió sobre ellos el Espíritu Santo); así que, en aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí.—De manera que hizo Dios á Cristo padre de este nuevo linaje de hombres, y para hacerle padre puso en él todo lo que al ser padre se debe. La naturaleza conforme á los que dél han de nacer, y los bienes todos que han de tener los que en esta manera nacieren; y sobre todo, á ellos mismos los que así nacerán encerrados en él y unidos con él como en virtud y en origen.

«Mas, ya que habemos dicho cómo puso Dios en Cristo todas las partes y virtudes de padre, pasemos á lo que nos queda por decir, y habemos prometido decirlo, que es la manera cómo aqueste padre nos engendró. Y declarando la forma desta generacion, quedará mas averiguado y sabido el misterio secreto de la union sobredicha; y declarando cómo nacemos de Cristo, quedará claro cómo es verdad que estábamos en él primero. Pero convendrá para dar principio á aquesta declaracion que volvamos un poco atrás con la memoria, y que pongamos en ella y delante de los ojos del

(a) 1. Petr., 2, v. 24. (c) Ephes., 2, v. 5 et 6.
(f) Esai., 52, v. 5 et 6. (g) Matth., 27, v. 4 et 6. Psalm. 21, v. 1.
(h) Esai., 9, v. 6. (i) Enairat. 2 in psalm. 21, n. 5.
(l) Joan., 14, v. 20.

(b) Ephes., 1, v. 23. (d) 11. Cor., 5, v. 14. (e) Rom., 6, v. 6.